

Salía el sol, y poco a poco la vetusta ciudad despertaba, sumiéndose en un ajeteo que no pararía hasta que cayese la noche. Marina, una estudiante, esperaba a su amigo Álvaro mientras escuchaba música con sus auriculares, insensible a la belleza de su alrededor. El río se deslizaba, murmurando sobre las verdes piedras hermosas y suaves palabras, mientras que los gorriones componían grandes obras que nunca más serían escuchados, frente a una bella fortaleza, cuyas torres retaban a todo el que pasaba, mientras que en sus húesos cientos de personas de múltiples nacionalidades admiraban la belleza de la Alhambra, creada para resistir hasta el fin del mundo, y finalmente como telón de fondo una blanca y distante sierra, fría en orgullo, y plena en belleza, de cuyos nieves salían numerosos ríos, todos con el propósito de unirse al azul mar Mediterráneo, surcada antes por silenciosos barcos griegos, dispuestos a descubrir el mundo, y ahora por ruidosos barcos, cuyo único interés es lucrarse, ajenos al azul y viejo mar, de todos y de nadie.

Finalmente, Álvaro llegó y pasearon por la verde ribera del río Darro, y por las calles llenas de bares, que daban un aire festivo cualquier día del año, sirviendo manjares todos los días del año.

Cuando el orbe dorado caía, entre las nubes de tonos rojizos, envuelto en un aurea de rayos dorados, prometiendo que volvería a salir por El Veleto, para volver a iluminar la belleza de todos los rincones de Granada, como había hecho desde hace más de mil años, en los que había iluminado una Granada distinta, pero al fin galabo Granada, tan única como irrepetible, como inmortal en el tiempo.